

La noche azul nos brinda su misterio
y templo el bosque a nuestro amor ofrece.
mi alma te busca, mi pasión te espera
y ebrio de amor mi corazón fallece.

¡Oh, ven, mi seducción, mi cariñosa!
ven a la gruta en que el placer anida,
que la dicha no mata... y si me mata
tú con tus besos me darás la vida.

NUESTRO AMOR

En medio del ancho mar soberbia roca
se yergue entre la bruma;
en torno se sacude ruda y loca
la turbulenta espuma.

La azota el huracán; del rayo torva
allí chispea la lumbre,
y el Dragón-Tempestad su dorso encorva
erizado en la cumbre.

La roca inmóvil se levanta en tanto
al beso de la nube,
y es, cuando ruge, de su triunfo el canto
que de sus plantas sube.

Así, Rosario, nuestro amor sea roca
que inmóvil se levante;
y deja que a sus pies la envidia loca
ruja impotente y nuestro triunfo cante!

HORAS DISPERSAS

I

Escucha, dulce niña,
que pides al poeta
te diga de sus versos
la inspiración secreta.

Suspiros ahoga el labio
que brota el corazón,
suspiros que son ayes
de incógnito dolor.

Lágrimas que los ojos
suben a humedecer
y vuelven en el alma
ardientes a caer.

Palabras que no deben
los labios pronunciar,
si aquella a quien se dicen
no sabe qué es amar.

Mis versos son las flores
nacidas en mi llanto;
de mis suspiros brotan
las notas de mi canto.

Entre esas flores tristes,
en ese vago acento,
palpita todo un mundo
de amor y sentimiento.

La voz que se levanta
en mi alma solitaria

tiembla como un sollozo,
porque es una plegaria.

Llena de lo imposible
está mi mente loca,
de lágrimas y besos
sedienta está mi boca.

Amaba la esperanza;
hoy el recuerdo adoro,
amor supremo y triste,
mi culto y mi tesoro.

Soñaba todo un mundo
de amor y de grandeza,
hoy en la vida, solo,
me muero de tristeza.

Ignoro mi destino,
ignoro lo que quiero,
tan sólo sé que sufro,
tan sólo sé que muero.

Tú no comprendes, niña,
lo que mis versos son...
tampoco ella comprende
lo que es mi corazón.

II

Vuelve a mi corazón, queda escondida,
ilusión imposible de mi vida,
ternura de poeta, pasión loca...
Si no has de ser dichosa ni creída,
vive en mi corazón, calla en mi boca.

III

¿Qué dice la ola
que va perdida?

—Dice ¿no oyes?
Yo soy la *vida*.

¿Y qué la rosa,
gala de un día?
—¿No la oyes? dice:
Soy la *alegría*.

¿Y la ave en busca
de otra región?
—¿No va diciendo
soy *ilusión*?

¿Y aquel lucero
que no se alcanza?
—¿No dice, acaso,
soy *esperanza*?

¿Y esas tinieblas
en que me pierdo?
—¿No las conoces?
Son tu *recuerdo*.

¿Y ese sollozo
de mi dolor?
—Tú bien lo sabes,
ese es tu *amor*.

IV

Soy una voz de lágrimas que cuenta
la historia de un amor sin esperanza,
soy el gemido trémulo que lanza
el alma sin fe ya.

Soy el recuerdo de una dicha, espectro
del alma en las ruinas escondido,
soy un : so corazón herido

V

Halláronse mis ojos
con otros ojos bellos,
el beso de una virgen
pasó por mis cabellos,
y penetró en mi alma,
y la llenó de luz.

Después... vino la noche,
la noche sin luceros;
oí dentro mi pecho
sollozos lastimeros...
Mi corazón estaba
clavado en una cruz.

VI

Mariposas celestes
en lontananza,
son los vagos ensueños
de la esperanza.
¡Ay si corréis tras ellas,
almas ansiosas!
Los niños nunca cogen
las mariposas.

Y si a cogerlas llegan,
quédales sólo
de sus brillantes alas
el polvo de oro;
como queda el recuerdo
del bien perdido,
cuando esperanza y dicha
nos han huido.

Que las almas son rosas;
la dicha y la esperanza
son mariposas.

VII

¿Cómo puede la alondra del valle
que pasa ligera
en pos de otro clima, dudar que sus flores
le da primavera?

¿Cómo pueden las flores que se abren
al beso del día,
dudar que el sol de oro, su amante celeste,
su luz les envía?

¿Cómo el sol que en el cielo la mano
divina suspende,
dudar puede que el Dios de los astros
sus rayos enciende?

¿Cómo puedo dudar que infelice
de no verte muero?
¿y tú cómo puedes, pedazo del alma,
dudar que te quiero?

VIII

LA NIÑA

Si no te enoja, poeta,
mi curiosa pretensión,
quisiera leer una hoja
del álbum del corazón.

EL POETA

Pero, niña, si es un libro,
que ni divierte ni alegra,
un libro en que cada página
es una página negra.
Cuando a vivir empezamos
son blancas las hojas todas,
después vamos escribiendo

coplas, sonetos y odas.
Hay páginas que son versos
de música deliciosa,
otras que son elegías,
y otras muchas que son... prosa.

LA NIÑA

Mas la página primera
¿no es la del amor quizás?

EL POETA

Es la portada del libro,
el prólogo, nada más.

LA NIÑA

¡La esperanza es tan querida!
y cuando por fin se alcanza...

EL POETA

Es una página rota
la que habla de la esperanza.

LA NIÑA

¿Pero la gloria, ese lauro
a cuya conquista arroja
todo su ser el poeta?...

EL POETA

No hay en mi libro esa hoja.

LA NIÑA

Pero al menos la memoria
de haberse querido tanto,
la página de la dicha...

EL POETA

Está borrada con llanto.
.....

LA NIÑA

Triste es, poeta, tu callada historia.

EL POETA

Siempre de luto el corazón está.

LA NIÑA

¿No hay siquiera fugaz en tu memoria
el sueño de una dicha transitoria?...

EL POETA

¡La dicha!... Ni soñarla puedo ya.

IX

¿Qué?... ¿mi corazón despierta
y ya sacudiendo altivo
el polvo de su fe muerta
se alza con la herida abierta
pero palpitante y vivo?

¿Aun otra ilusión me inspira?
¿Aun brotarán en mi lira
las canciones del amor?
¿para hallar otra mentira?
¿para hallar otro dolor?

X

Como para el mundo un cielo,
como para el cielo un sol,
cual Dios, que no lo sería

si lo pudieran ser dos,
así para nuestras almas
existe sólo un amor
que por único y por grande
es sol, es cielo y es Dios.

XI

Te he dado toda mi vida,
te he dado toda mi alma,
todo cuanto soy te di;
y aun no he podido pagarte
lo que tú me has dado a mí.

XII

El alma que en la mirada
es caricia y embeleso,
se hace suspiro, y temblando
penetra al alma en un beso.

XIII

Triste es la tarde, sin luz del cielo.
Niebla que pasas, ¿a dónde vas?
—Sólo Dios sabe mi incierto vuelo.
Niebla, ¿qué eres?

—Sombra no mas

*

La noche llega, la flor se aduerme.
Brisa que pasas con lento giro,
¿adónde vuelas?

—Voy a perderme.

Dime, ¿qué eres?

—Soy un suspiro.

Es alta noche: grato beleño
cierra mis ojos, y en lontananza
un ángel blanco miro en mi sueño.

Angel, ¿quién eres?

—Soy la esperanza.

*

Así es la vida; niebla pasajera
que cruza vagabunda por la esfera
deshaciéndose en vaga lontananza.
Y nuestra dicha, frágil é indecisa,
un suspiro que pasa con la brisa,
y sueño nada más nuestra esperanza.

XIV

Allá cuando era joven, el alma en primavera,
soñando ya en amarte, mi dulce compañera,
se desbordaba en flores
y músicas de amor.
El aura de la vida ungió mi cabellera
con el celeste aroma de la esperanza en flor.

Entonces, una noche... el cielo nos veía
con su mirada de astros; la bóveda sombría
era un inmenso templo,
el sacerdote, Dios.

Ante El tu fe me diste, ante El te di la mía:
quedaron desposadas las almas de los dos.

Pero hoy... la noche es negra. La bóveda enlutada
es una inmensa tumba... Murió mi desposada,
perdióse en lo infinito
el alma de mi amor.

El templo está desierto, la lámpara apagada,
y, solo, en las tinieblas solloza mi dolor.

XV

Tú no supiste nunca
lo que es el sentimiento
inmenso, de ternura
que guarda el corazón.

¿De qué me sirve el alma?
 ¿De qué mi pensamiento?...
 Yo soy una hoja seca
 llevada del turbión.

En el ingrato mundo
 mi vida es una ola
 que no hallará más playa
 do pueda descansar,
 que una cercana tumba
 abandonada y sola,
 do nadie irá su llanto
 de amor a derramar.

XVI

Bajo la sacra bóveda del templo
 do humea el incensario
 y el oro resplandece, si levanto
 mi ruego solitario,
 el alma habla a su Dios en el santuario.

Pero en medio del bosque, en el desierto
 donde vive la palma
 o a la orilla del mar, do resplandece
 Naturaleza en tempestad o en calma,
 es Dios quien habla al alma.

XVII

Cuando después del fatigoso día
 vengo paz a buscar bajo mi techo
 en los brazos del sueño, hay un fantasma
 que se sienta a la orilla de mi lecho.

En vano quiero separar mis ojos
 de aquel fantasma que de luto viste;
 allí está, siempre está, siempre me mira
 inmóvil, mudo, pavoroso, triste.

Y cae sobre mi espíritu el espanto;
 pero evitar no puedo su presencia,
 porque ese triste espectro de mis noches
 está en mi propio ser... es mi conciencia.

XVIII

Corazón, ¿qué es lo que quieres?
 Amor, dolores, placeres,
 ya de todo te sacié,
 y sin embargo, ¡te mueres,
 y no sabes ni de qué!...

XIX

En abrazo inmenso confundo mis amores,
 mujeres de delicias, mujeres de dolores,
 mi infierno de placeres,
 mi cielo de dolor.

Mis labios están hartos de lágrimas y besos,
 y aun tiene sed el alma de no sé qué embelesos...
 ¿En dónde está la dicha?
 ¿En dónde está el amor?

XX

Sondead la tierra, y en el seno oscuro
 donde guarda el abismo su tesoro,
 envuelto en su ropaje de granito,
 en tosca piedra encontraréis el oro.

Sondead el mar... Las olas turbulentas
 se agitan con furor por esconderla,
 pero bajad al fondo del Océano
 y allá, en su concha, encontraréis la perla.

Sondead el cielo, en lo más remoto,
 donde tan sólo Dios deja su rastro,
 del infinito en la perpetua noche,
 mundo de luz, encontraréis el astro.

Sondead el corazón, hasta ese fondo
donde temblando la conciencia entra,
y de su abismo en la tiniebla impura,
decidme, ¿qué se encuentra?...

XXI

¡Qué dulce es el hogar! Lleno de sombra
mi corazón traía,
crucé el umbral de mi modesta casa
y ¡cuán hermoso fulguraba el día!

¡Qué bueno es el hogar! Amargas iras
me anegaban el alma,
pero al besar las canas de mi madre
llené mi pecho de perdón y calma.

¡Qué tierno es el hogar! ¡Oh! ¡cuántas lágrimas
en cariño infinitas,
sobre mi frente pálida cayeron
dulcísimas, temblantes y benditas!

¡Qué santo es el hogar! Quizá mi labio
el existir maldijo,
pero lloré, y creí con toda mi alma
cuando mi madre santa me bendijo.

XXII

Tú que pasas ruidosa y deslumbrante
en carro de oro, entre el aplauso inmenso
de la turba servil y del incienso
con que falaz lisonja te importuna,
¿quién eres, cortesana?

—Soy la reina del mundo, la Fortuna.

Y tú, pálida virgen, tan hermosa,
que vas a pie, descalza y olvidada,
de estrellas y de espinas coronada,
vuelta la espalda a la fortuna impía,
¿quién eres, dulce virgen?

—Hija del cielo soy: la Poesía.

XXIII

¡Qué bosque tan feraz! ¡Y cuán profuso
en sombras, en misterio y en reposo!
¡Cómo cantan las aves y cuál rueda
el agua fresca su raudal copioso!

Por falta de unas gotas de esa agua,
y de algo de esa sombra, en el desierto
jadeante, sin vigor, desesperado
cae el viajero muerto.

*

Ved esa caja en el rincón oculta
del misero desván... ¡cuánto tesoro!
Tiemblan las manos del avaro, y ruedan
los diamantes revueltos con el oro.

Por falta nada más de una moneda
de ese tesoro por que tantos gimen,
pálida al lupanar la virgen llama,
y marcha el hombre al crimen.

*

Estremece la bóveda del templo
del órgano la voz, grave y severa,
y el alma del creyente, conmovida,
en su éxtasis ve a Dios, ruega y espera.

Por falta de una chispa, de una sola
de esa divina fe, paz y consuelo,
el hombre en su dolor a Dios olvida
y hasta se niega el cielo.

XXIV

Hermosa y, como siempre, fugitiva,
a mi lado un instante el raudó vuelo
detuvo compasiva
la Esperanza feliz, hija del cielo.

Posó su dulce labio en la sombría
pálida frente del poeta triste
y la encontró apagada, seca y fría
como la frente del que ya no existe.
Buscó en sus ojos lágrimas, y estaban
áridos cual arena del desierto;
tocó su pecho ansiosa
y buscó el corazón... estaba muerto.

Entonces la Esperanza, hija del cielo,
lanzó un suspiro y prosiguió su vuelo.

*

De ella en pos, melancólico y sombrío,
con vuelo triste y lento
otro ángel se acercó. Su vestidura
era más negra que la noche oscura
y de él en torno sollozaba el viento.
La frente inanimada del poeta
besó también, pero con tal cariño
cual si fuese una madre que adurmiese
en el regazo del amor su niño.
Y luego con afán siempre materno,
en su seno de sombras descansó
como para dormir el sueño eterno.

Desde entonces reclino mi cabeza
en el regazo maternal y tierno
del ángel funeral de la Tristeza.

XXV

El viejo sol en su inmortal carrera
ha alumbrado al monarca y al guerrero,
al sabio, y al artista y al poeta,
al rico altivo, al sacerdote austero.

Ha alumbrado al apóstol y al creyente,
al inocente, al mártir y al que es justo,
y hasta al mismo Hombre-Dios en la figura
santa y hermosa de Jesús augusto.

Cuanto viviente ser dentro sus siglos
la triste y vana humanidad encierra,
ha visto el viejo sol... y no ha encontrado
un solo hombre feliz sobre la tierra.

XXVI

¡Qué hermoso brilla el sol! Desque amanece
hasta que cae soberbio en el ocaso
fecunda, vivifica y resplandece.
Pero el hombre infeliz, paso tras paso,
sin saber dónde va, gime y padece;
juguete miserable del acaso
todo le engaña, le escarnece y hiere
hasta que roto se doblega y muere.

XXVII

He gozado... si goce es la locura
de soñar lo imposible,
y creerlo realizado, y estrellarse
contra algo infame, estúpido ó risible.

He sufrido... no sé desde qué hora
mi martirio comienza,
pero sé que he llorado, y que llorando,
de mi propio dolor tuve vergüenza.

¡Vergüenza de encontrarme arrodillado
ante ídolos de lodo,
vergüenza de la farsa de la vida,
vergüenza de los hombres... y de todo!

Ilusión, amistad, amor... locuras
por que el hombre delira,
venid para escupiros a la cara
el solo nombre que tenéis... ¡Mentira!

XXVIII

No soy más que mi sombra... ya estoy muerto,
lo siento en esta calma
que hay en todo mi ser. Es un desierto
lo que llevo en el alma.

Tanto he querido y con pasión tan loca
que dejé, sin sentirlo, en mi embeleso,
un poco de mi vida en cada boca,
un pedazo de mi alma en cada beso.

XXIX

¡No más vida, Señor, ya no más vida!
Cuando lloraba el alma dolorida
me nutría el pesar.
Ahora no sufro ya, no deseo nada;
pero tengo, Señor, mi alma cansada
y quiero reposar.

XXX

Un viaje por un mar de tempestades
es la vida mortal; la tumba es puerto.
Morir es regresar a nuestra patria...
no se debe llorar por los que han muerto.

SEGUNDA PARTE

(COMPOSICIONES ESCRITAS EN VARIOS ÁLBUMS)

GUIRNALDA

Los versos son las flores que el alma del poeta
la gentil Belleza derrama en el altar;
cuelgo de mi lira guirnaldas de violeta
a vuestros pies, hermosas, las vengo a deshojar.

LA FORTUNA

Á ROSARIO P.

En su curso voluble la Fortuna
todo cuanto me diera me quitó;
y la Miseria pálida y hambrienta
al umbral de mi puerta se sentó.

Y llegó la Amistad—la que en un día
el festín de mis dichas presidió—
y aunque la dije *ven*, ella, espantada
al ver aquel espectro, se alejó.

Amor llegó también... Sellé mi labio,
porque temi que se alejara Amor;